

Los malabares del archivista: ayudar a los investigadores a proteger la privacidad

Judith Schwarz*

La autora es coordinadora del *Lesbian Herstory Archives/Lesbian Herstory Educational Foundation* y recientemente abrió su propia consultoría sobre administración y automatización de archivos. Este ensayo es una versión muy corregida de una ponencia presentada bajo el mismo título en la Conference of the Society of American Archivists (Austin, Texas, 1985), y se publicó en *The Journal of American History* (junio de 1992). Traducción de Lligany Lomeli.

Archivistas, historiadores y otros investigadores tienen un gran interés en común: abrir el archivo histórico para acceder cabalmente a la información. A la vez, compartimos la preocupación por salvaguardar la privacidad individual del peligro de que la vida privada de alguien se vuelva pública sin su permiso, consentimiento o deseo. Sopesar los problemas de la privacidad a la vez que satisfacer las necesidades de acceso e información de los investigadores, es uno de los malabares más difíciles que realizan los archivistas en el cumplimiento de sus tareas profesionales.

Mis observaciones en la preservación de la confidencialidad sobre los datos y la protección de la privacidad individual, aunadas a la búsqueda de la más completa apertura del archivo histórico, se basan en tres experiencias profesionales. En ellas desempeñé tres papeles diferentes y logré conocer desde adentro los motivos que compiten entre sí para moldear tres actividades vitales en la creación de un archivo histórico. Una actividad es la que tiene que ver con instituciones e individuos —o con los herederos de individuos— que generan archivos y deciden abrirlos a los investigadores. La actividad puede llamarse donación; las instituciones y los individuos, donantes. Entre los complejos motivos de los donantes, existe a menudo el deseo por establecer una imagen histórica favorable de la institución, familia o persona creadora del archivo. Ese deseo puede llevar a la destrucción de ciertos materiales antes de donarlos y a restricciones sobre el acceso al material preservado. Una segunda actividad es la investigación, y uno de los intereses de los investigadores es el deseo de examinar todos los documentos que puedan referirse a sus temas. Una tercera actividad es reunir o coleccionar materiales que documenten la historia de una región, profesión, clase social, movimiento, o de una comunidad racial, étnica, religiosa o sexual. Los motivos de los coleccionistas a menudo comprenden el deseo de reforzar la identidad del grupo documentado y de convencer a otros de su legitimidad tras la valorización de su pasado particular. En los Estados

Unidos del siglo XIX, mucho del coleccionismo promovió las identidades regionales al demostrar, por ejemplo, que el medio oeste tenía una historia importante y dramática. El coleccionismo del siglo XX ha creado archivos consagrados a las historias del trabajo, de los afroamericanos, de las mujeres y, últimamente, de gays y lesbianas. Los archivistas, como custodios del registro histórico, deben reconocer los intereses de donantes, investigadores y coleccionistas, y conciliar sus demandas en ocasiones contradictorias.

Los archivistas, conscientes de la necesidad de balancear intereses cuando surgen interrogantes en torno a la privacidad, pueden hacer una contribución especial al estudio de la historia de la sexualidad. Al elaborar políticas que protejan la privacidad pueden alentar a los donantes a conservar y ceder materiales reveladores. Al permitir a los investigadores conocer lo que guardan los archivos, los archivistas pueden ayudarlos a escribir sobre temas sexuales vedados en otros tiempos. Al coleccionar imaginativamente, también pueden hacer posible que nos formulemos nuevas preguntas sobre el pasado y escribamos historias que vayan más a fondo y abarquen una mayor diversidad.

Experiencias muy diversas me han enseñado las perspectivas de un archivista que representa a una institución donante, la de un investigador y la de un coleccionista. La primera: al comienzo de los años ochenta, como directora de archivos del General Board of Global Ministries (GBOGM) de la United Methodist Church (UMC), era responsable de la administración completa de los archivos de siete agencias de la iglesia. Con frecuencia tenía que sopesar las políticas oficiales de confidencialidad y las inquietudes de las divisiones creadoras de archivos contra las solicitudes de información de los investigadores. La segunda: desde 1976 me he dedicado a investigar los expedientes personales, profesionales, políticos y médicos de 110 mujeres que, de 1912 a los años cuarenta, pertenecieron a una singular organización feminista, el Heterodoxy Club, en Greenwich Village, en la ciudad de Nueva York. Usando una docena de estrategias diversas de investigación, me enfrenté a problemas con los que a menudo se enfrentan los historiadores. Cuando trataba de mirar más allá del nivel superficial de la vida de una mujer y adentrarme en su vida más privada, me introducía evidentemente en ámbitos que ponen muy nerviosas a muchas personas, incluyendo a la familia de la mujer, las instituciones profesionales o políticas con las que estuvo involucrada, y aun, en ocasiones, a los archivistas responsables de preservar y conceder el acceso a las evidencias que sobreviven de la vida de la mujer. La tercera: desde 1978 he sido una de las diversas promotoras coordinadoras del trabajo pionero del Lesbian Herstory Archives (LHA) y de la Lesbian Herstory Educational Foundation. Hemos tenido que lidiar continuamente con problemas de confidencialidad, censura y acceso a los investigadores.

Al igual que los archivos de otras grandes instituciones activas, el departamento de archivos del GBOGM existía principalmente para la institución y se esperaba de su personal que se comportara como los custodios de la memoria del General Boarding —y en ocasiones, de su buena reputación. Los artículos con información

Los archivistas, conscientes de la necesidad de balancear intereses cuando surgen interrogantes en torno a la privacidad, pueden hacer una contribución especial al estudio de la historia de la sexualidad.



Problemas fundamentales de confidencialidad se presentaban en el manejo cotidiano de las solicitudes de los investigadores.

iban desde los viejos libros de inscripciones, escritos elegantemente a mano durante los años cuarenta del siglo XIX en las iglesias metodistas episcopales de la frontera de Ohio, hasta las hojas desplegadas y bases de datos generados en centrales informáticas y computadoras personales, durante la rutina cotidiana de trabajo. En un día cualquiera, teníamos que ser capaces de encontrar y recuperar rápidamente los documentos del servicio misional de un individuo y la correspondencia de campo enviada desde la India, China o Africa, a la vez que respondíamos también a solicitudes para la programación presupuestal del año siguiente. Los requerimientos tenían una diversidad de orígenes, que lo mismo incluían al personal del General Board que a miembros de la iglesia, agencias sociales, historiadores, investigadores o algún pariente en busca de información para la siguiente reunión familiar sobre su tatarabuela que había sido apostada en China en 1890. A pesar de que la Commission on Archives and History de la United Methodist Church, en la Universidad Drew, Madison, Nueva Jersey, contenía la mayoría de nuestros registros más antiguos en papel, muchos libros de minutas, periódicos y documentos misionales del siglo XIX estaban almacenados en las oficinas de aquellos que los consultaban con cierta regularidad. Problemas fundamentales de confidencialidad se presentaban en el manejo cotidiano de las solicitudes de los investigadores; casos semejantes al de un crítico de suma elocuencia, perteneciente a un grupo conservador de la United Methodist Church, que quería encontrar un “derroche financiero” en el apoyo económico que ciertas divisiones del Great Board otorgaban para programas de sobrevivientes de incesto y folletos informativos sobre el control de la natalidad.

Una clasificación, así como políticas de acceso escritas pero flexibles, ofrecen al archivista algunas maneras de balancear los asuntos conflictivos. Entre las muchas colecciones de los archivos de la Iglesia Metodista Estadounidense, cierto número están clasificadas como “Privadas” o “Confidenciales”, particularmente las series provenientes de la World Division of the Great Board of Global Ministries. Contienen información sobre el encarcelamiento de misioneros en los territorios ocupados durante la Segunda Guerra Mundial, desafueros cometidos por misioneros y obispos, compromisos políticos de misioneros en países anfitriones y diferencias de opinión muy marcadas entre los misioneros y la “oficina central”. Tal como es a menudo el caso de las instituciones religiosas, muchas veces puede pesar más la preocupación por la buena opinión pública de la iglesia que el problema de la exactitud histórica. Aun así, con frecuencia estábamos orgullosos de ayudar a los investigadores a descubrir mucho más de lo que ellos sabían que podían buscar. ¿Pero qué hacer ante el familiar que nos pide que cedamos a las restricciones sobre el expediente de su venerado y muy querido abuelo, a quien corrieron de su cargo en un orfelinato por rumores de haber forzado actos sexuales en los niños bajo su cuidado?

Las políticas de acceso reflejaban los esfuerzos de los archivistas por considerar no solamente los intereses de la institución donante para la que trabajaban, sino también las inquietudes de

los investigadores. En 1982, mi predecesora como directora de archivos había escrito a casi una docena de respetables historiadores, profesores teologales, archivistas y curadores de manuscritos, solicitándoles asesoría profesional y ética para desarrollar una política que a la vez que protegiera al misionero, “hiciera accesible al investigador el material relevante”. (Otro asunto, que también puede ser discutido, son las enormes diferencias entre lo que ella o yo consideramos “relevante” y lo que puede opinar el investigador.) La respuesta más exigente fue la de un eminente historiador de la iglesia, quien hizo fuerte hincapié en que únicamente las cuestiones “*realmente* privadas y/o confidenciales” fueran etiquetadas y restringidas como tales. Aun así, advirtió que el cierre de expedientes por un periodo de cien años es demasiado restrictivo. Aconsejó cincuenta años. El historiador sugirió que el criterio de cierre fuera utilizado únicamente cuando la información liberada “pueda causar daños personales o profunda vergüenza” a una persona en vida.

Su consejo se tomó en cuenta. La política definitiva estableció una restricción de cincuenta años a partir de la fecha de creación del documento en lo que se refería a correspondencia misionera y a políticas y proyectos programados. Para las series de archivo “Confidenciales” y “Papeles Personales”, actualmente existe una restricción de setenta y cinco años. Cualquier excepción, incluyendo la de conceder acceso a los familiares, debe ser aprobada conjuntamente por el secretario general a cargo de la división y el director del archivo. Esta política resultó muy útil durante los años que trabajé ahí. Esperaba con ansiedad las discusiones con la secretaria general para las solicitudes más problemáticas. Sus agudos comentarios se basaban en una vida de dedicación y en sus años como misionera de la United Methodist Church en su juventud. En suma, la política apuntaba a la eventual apertura del acceso, mientras preservaba la privacidad de individuos vivos y protegía los intereses de la iglesia.

Mi experiencia como intérprete profesional de una política heredada de confidencialidad institucional me hizo ligeramente más tolerante ante las situaciones con las que me encontré al escribir mi tesis de maestría, y más tarde, al proseguir mi investigación para convertirla en un libro, *The Radical Feminists of Heterodoxy*.¹

El lema del *Heterodoxy* era “El único tabú es el tabú”; sus miembros se enorgullecían de la diversidad de sus vidas políticas y personales, lo que es un desafío a la convicción actual de grupos bajo un solo credo y escasos movimientos de coalición. Las mujeres fueron llamadas “el grupo de mujeres individualistas más indomable en el que jamás haya caído” e incluía a Charlotte Perkins Gilman, la organizadora laboral y líder del partido comunista estadounidense Elizabeth Gurley Flynn, la ministra unitaria Marie Jenney Howe, las novelistas Fannie Hurst y Zona Gale, la dramaturga feminista Susan Glaspell de los *Provincetown Players*, la actriz y fundadora del Theater Guild, Helen Westley, así como la coreógrafa Agnes de Mille y su madre Anna George de Mille, numerosas anarquistas y activistas laborales, la trabajadora de los

El historiador sugirió que el criterio de cierre fuera utilizado únicamente cuando la información liberada “pueda causar daños personales o profunda vergüenza” a una persona en vida.



Los documentos de las mujeres, particularmente los de aquellas mujeres que no son consideradas notables, a menudo son los últimos en ser procesados en un archivo y rara vez están clasificados.

derechos civiles de los negros Grace Nail Johnson, médicas, y muchas más, las cuales se reunieron cada dos sábados a lo largo de cuarenta años para disfrutar de su mutua compañía, compartir información y, en ocasiones, para actuar contra problemas que abarcaban el trabajo, derechos civiles, control de la natalidad, sufragio y pacifismo. Estas mujeres eran consideradas tan peligrosas por el gobierno de Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial, que agentes del gobierno las espiaban y hostigaban al grado de verse obligadas a cambiar, en repetidas ocasiones, la sede de sus reuniones.

Al tratar de concretar y verificar los más conocidos, y a menudo falsos, detalles de las vidas de estas mujeres, nunca nadie me negó el acceso a documentos de las docenas de archivos y repositorios de manuscritos que literalmente visité. Los archivistas y bibliotecarios de salas de estudio fueron increíblemente pacientes y serviciales a medida que continuaba mis pesquisas en imponentes colecciones mínimamente catalogadas, tal como la *Follete Family Papers* en la Biblioteca del Congreso; al solicitar eventualmente ver más de treinta cajas de manuscritos para desenterrar tan sólo dos docenas de documentos relacionados directamente con el *Heterodoxy* si bien, desde luego, buena parte del resto fue sumamente valioso como material de respaldo. La única solución de acceso que me fue negada tajantemente fue al Partido Comunista en busca de los documentos de Flynn. Después de publicado mi libro, sus documentos fueron depositados en la Tamiment Library de la Universidad de Nueva York, lo que condujo al descubrimiento de su importante y muy larga vida en común con otra mujer. Tampoco estoy segura de que el acceso que me dieron a los expedientes personales de la Federal Bureau of Investigation (FBI) fuera de mucha utilidad, retacados como están de páginas enteras tachoneadas e ilegibles. Por cierto que todas las integrantes del club, a excepción de Agnes de Mille, han fallecido. La mayoría de los familiares que les sobreviven, hace mucho que aceptaron lo que consideraron que eran creencias u opciones de vida excéntricas de parte de sus tías o abuelas. El sobrino de la novelista y profesora de la Universidad de Columbia, Helen Hull, heredero del derecho legal sobre sus documentos depositados en Columbia, quiere asegurarse de que cualquiera que se acerque a la vida de su tía esté dispuesto a entenderse con ella como una lesbiana de toda la vida. Tiene el refrescante punto de vista de que no sólo se trata de información relevante, sino absolutamente esencial para comprender la vida de Hull. La parte más difícil de mi vida como investigadora tiene que ver con aquello a lo que se enfrentan muchos estudiosos de la historia de la mujer. Los documentos de las mujeres, particularmente los de aquellas mujeres que no son consideradas notables, a menudo son los últimos en ser procesados en un archivo y rara vez están clasificados. En los archivos de una universidad que primero había sido exclusivamente para varones, en más de una ocasión tuve que suplicar el acceso a colecciones que sabía que estaban ahí, pero que treinta años después del depósito de los documentos no habían sido procesadas. Sí, algunas veces hay buenas razones para privilegiar el procesa-

miento de una colección sobre otra, pero treinta años parecen ser un tiempo suficiente, sobre todo al tratarse de tan sólo dos cajas de manuscritos.

En ocasiones, a otros investigadores interesados en la vida personal y sexual de las mujeres se les ha negado el acceso a los materiales. Cuando lo han exigido, los resultados no siempre han sido los mismos. A finales de los años setenta en la biblioteca del Mount Holyoke College, Anna Mary Wells se tropezó con una gran caja cerrada que aparecía como parte de los documentos de Mary Emma Woolley, exdirectora de la universidad. Los papeles habían sido cedidos a la biblioteca a la muerte de su compañera de toda la vida, Jeannette Marks. No parecía haber ninguna condición que restringiera su uso a los investigadores. Cuando Wells abrió la caja se encontró con varias docenas de paquetes envueltos en impecable papel que resguardaban ardientes cartas de amor escritas mutuamente por Marks y Woolley durante su larga vida en común. "Sorprendida y desconcertada —dijo Wells—, mi primer impulso fue abandonar mis planes para el libro" sobre Woolley.² En cambio, leyó muchas de esas cartas y copió a mano párrafos completos. Cuando llegó a la administración de la universidad el rumor de lo que Wells —exalumna de ambas mujeres— había encontrado, la colección fue inmediatamente cerrada sin tomar en cuenta ningún tipo de excepciones. Entonces David Truman, presidente del Mount Holyoke, le dijo a Wells que no solamente tenía prohibido citar algo de las cartas, sino que además, por ningún motivo podía mencionar siquiera que dicha correspondencia se encontraba en Mount Holyoke. En una decisión importante y valiente, Wells se negó a aceptar el edicto arbitrario y tiránico de Truman. Buscó asesoría y apoyo en diversas organizaciones profesionales de historiadores y archivistas. Como estaban obligados a hacerlo, los miembros de estas organizaciones y muchos investigadores, dedicados a la historia de las mujeres y a la historia social, se unieron para presionar al colegio a reabrir la colección. Más adelante, a Wells se le autorizó el uso de la gran cantidad de notas que había tomado, pero no se le permitió confrontar sus notas con la correspondencia original antes de publicar *Miss Marks and Miss Woolley*. Truman había decidido que a consecuencia de la inscripción aparecida en un paquete, que originalmente no se encontraba en la caja grande de correspondencia, que decía "No se abra hasta 1999", el contenido total de la caja quedaría sujeto a esta restricción. En la actualidad, como resultado de las continuas presiones de prestigiosos historiadores y otras personas, la correspondencia de la caja se ha abierto una vez más al uso público, pero tan sólo a "intelectuales calificados".

El ejemplo más notorio de inaccesibilidad a un archivo que consignaba material relevante para la historia de las lesbianas es bien conocido entre *gays*, lesbianas y otros estudiosos de la historia de la sexualidad, como el "Episodio de la Caja Diez". A finales de los años setenta, Bárbara Gittings, entonces coordinadora de la American Library Association's Task Force on Gay Liberation, recibió una nota anónima en el correo, misma que le pasó a Jonathan Katz, autor de *Gay American History*. La nota describía

El ejemplo más notorio de inaccesibilidad a un archivo que consignaba material relevante para la historia de las lesbianas es bien conocido entre gays, lesbianas y otros estudiosos de la historia de la sexualidad, como el "Episodio de la Caja Diez".



El remitente anónimo decía que la correspondencia "revelaba una relación lesbiana entre dos mujeres", y que no aparecía en las tarjetas del catálogo.

un atado de cartas que se hallaba en la Minnesota Historical Society (MHS). La correspondencia la habían intercambiado Rose Elizabeth Cleveland, hermana del Presidente Grover Cleveland y anfitriona de la Casa Blanca durante el año en que éste fue presidente soltero, y Evangeline Marrs Simpson, una viuda que después se casó con Henry Whipple, primer obispo episcopal de Minnesota. El remitente anónimo decía que la correspondencia "revelaba una relación lesbiana entre dos mujeres", y que no aparecía en las tarjetas del catálogo. El grupo de estudio sobre la historia *gay* y lesbiana al que pertenecíamos Katz, Martin Duberman, Joan Nestle, Deborah Edel, Blanche Wiesen Cook, yo y varios otros que participaban en aquel entonces, comenzamos a llamarlo el "Episodio de la Caja Diez", dado que la MHS catalogaba oficialmente los Documentos Whipple-Scandrett como consistentes en tan sólo nueve cajas. Las cartas de amor estaban en una décima caja sin etiquetar ni catalogar. Cuando Katz preguntó a la MHS por la correspondencia, la respuesta que se le dio fue que dicha correspondencia "estaba cerrada hasta 1980"; pero que "dado el interés actual de los estudiosos, esos materiales habían sido examinados y se había decidido eliminar las restricciones". No queda claro si alguien fuera de la MHS sabía de la existencia de la correspondencia, además de Gittings, los miembros del grupo de estudio y el escritor anónimo de la nota. La MHS nunca mencionó las razones de la decisión inicial de no incluir ese material en el catálogo como parte de la colección. Las cartas de amor, eliminadas anteriormente, ahora están a disposición de la investigación, por lo que todos nosotros estamos muy agradecidos. Pero muchos nos preguntamos si alguna vez hubieran sido catalogadas sin la solicitud de Katz.³

La otra pelea que sostuvo Katz en contra de la eliminación de material no fue tan exitosa como el "episodio" Cleveland-Whipple. Una historiadora feminista descubrió unas cartas de amor escritas a Margaret Sanger en 1916 por la doctora Marie Equi, a quien Sanger en una nota había señalado como lesbiana. La historiadora decidió que no continuaría la búsqueda de más información pero hizo copias mecanográficas de las cartas, conservadas entre los *Margaret Sanger Papers* de la *Sophia Smith Collection*, en el Smith College. Después envió copias a Katz, quien entonces trabajaba en la investigación para *Gay American History*. Katz escribió a la biblioteca solicitando fotocopias de la correspondencia y la autorización para publicarla. Su solicitud fue remitida por el personal de la *Smith Collection* a la familia Sanger, quien conserva el derecho legal sobre los documentos. El permiso para publicar y aun para copiar la correspondencia, le fue negado. Después de intercambiar opiniones de ida y vuelta con la familia Sanger, las indagaciones de Katz provocaron a uno de los dos hijos de Sanger a responder finalmente que él no podía "entender su interés en esto" y que la información "no era importante". Añadió: "Hay diversos aspectos de la vida de mi madre que mi hermano (el albacea) y yo no estamos dispuestos a que se averigüen".⁴ Me preguntó si algún otro historiador ha inquirido por las mismas cartas y si también le ha sido negado el permiso para citarlas. Uno siempre puede parafrasear, pero es difícil hacerlo con cartas de

amor apasionado. Lo peor de todo esto es que la mujer que escribió las cartas de amor lesbiano no era ni siquiera miembro de la familia que ahora impide verlas.

Estos ejemplos de instituciones que tienen en sus manos materiales de lesbianas suscitan varias reflexiones. El impulso por eliminar material, o cuando menos por restringir su uso durante un tiempo, parece surgir del deseo de proteger tanto la reputación de personas y familias, como el buen estado de las instituciones. Un presidente de una universidad como lo es Truman, puede sentir que la ventaja de mantener a la universidad lejos de la controversia rebasa por mucho el sacrificio temporal del acceso de los investigadores a la vida privada de un predecesor. Los archivistas pueden creer plausible que al restringir el acceso, animan a los donantes a confiar archivos delicados a sus instituciones. Sin embargo, en términos generales, los archivistas se ven a sí mismos como quienes equilibran preocupaciones e intereses encontrados. Así, cuando los investigadores se han organizado para exigir el acceso a materiales bajo el control de los archivistas, con frecuencia lo han logrado. Prevalece la amenaza sobre la conservación y accesibilidad de materiales para el estudio de la historia lesbiana y *gay*. Mientras las lesbianas y los hombres *gay* sean considerados una amenaza al orden social establecido y el lesbianismo prevalezca como una acusación difamatoria contra una mujer mucho después de su muerte, seguiremos enfrentándonos a los agresivos guardianes de la reputación de un familiar o colega fallecido. Y desde luego que esto parece que va para largo.

Como antigua coordinadora del Lesbian Herstory Archives/ Lesbian Herstory Educational Foundation, fundados en 1974 en la ciudad de Nueva York, he estado íntimamente involucrada con problemas de confianza, privacidad individual y miedo entre nuestras comunidades de lesbianas a nivel internacional, nacional y local. La colección ha crecido a más de diez mil libros, más de mil series periódicas lesbianas y *gays* procedentes de todo el mundo, casi doscientas colecciones personales de manuscritos y varios centenares de expedientes biográficos de mujeres que se han identificado con nosotras como lesbianas o que han sido identificadas como tales por los medios sin su consentimiento. Nuestro boletín, que también es un catálogo actualizado de las secciones de nuestra colección, que pueden ser consultadas públicamente, se distribuye a cinco mil personas y ochocientas bibliotecas, archivos y otras organizaciones en todo el mundo. Todo esto se hace posible con trabajo voluntario, en su mayoría, de lesbianas que trabajan de tiempo completo en otras partes, muchas de ellas además con responsabilidades familiares. Respondemos a un promedio de veinte solicitudes telefónicas al día y seiscientas solicitudes escritas al año y atendemos a igual número de investigadores y otros visitantes.⁵

Todos aquellos que nos preocupamos por la preservación y presentación integral de la historia de las mujeres y la historia social debemos estar muy orgullosos del trabajo pionero de casi dos décadas en los archivos, bibliotecas y colecciones especiales *gays* y lesbianas en Estados Unidos y en otros países. La conservación de

Mientras las lesbianas y los hombres gay sean considerados una amenaza al orden social establecido y el lesbianismo prevalezca como una acusación difamatoria contra una mujer mucho después de su muerte, seguiremos enfrentándonos a los agresivos guardianes de la reputación de un familiar o colega fallecido.



Nosotros, que preservamos los vestigios de la historia lesbiana y gay, nos enfrentamos a disyuntivas tremendas sobre cuestiones de confidencialidad y privacidad individual cuando la vida de la gente puede depender de la seguridad de sus secretos más profundos.

la historia, en muchos idiomas, de miles y miles de mujeres dispersas por el mundo es una obra monumental que se dificulta por el comprensible sentimiento de autoconservación que nos obliga a muchas de nosotras a destruir toda evidencia escrita o visual de nuestras vidas. No sólo eso, sino que en casi todas las sociedades y países, nuestra misma existencia es invisible o se niega por completo, o bien, se le arrasa bajo el título generalizador de "homosexualidad" y se le considera exactamente igual a la de los hombres *gay*, sin el reconocimiento de las diferencias fundamentales entre las experiencias vitales masculinas y femeninas. Peor aún, por todo el mundo lesbianas y hombres *gay* son criminales, perversos, y se les ve con tal desprecio que el ser sorprendido en el acto de besar a otra persona del mismo sexo puede significar el encarcelamiento y aún la muerte. Toda carta de amor, toda fotografía, toda voz grabada crepitando de dolor o gritando de placer frente a la "primicia" de la historia favorita, todo libro de bolsillo lesbiano de los sesentas que nos pasan hecho guiñapos y roto por las manos de un promedio de treinta lectores por copia, antes de que ingrese a la colección del LHA: todos éstos son regalos preciosos amorosamente cuidados. Son la razón misma de nuestra existencia.

No obstante, aun aquí los archivistas tienen que balancear necesidades, preocupaciones e intereses en conflicto. Nosotros, que preservamos los vestigios de la historia lesbiana y *gay*, nos enfrentamos a disyuntivas tremendas sobre cuestiones de confidencialidad y privacidad individual cuando la vida de la gente puede depender de la seguridad de sus secretos más profundos.

LHA reúne y conserva archivos sobre vidas y actividades lesbianas de tal modo que nuestra generación y las venideras tengan acceso a materiales relevantes para sus vidas. LHA es a la vez un lugar generador de vida y un lugar para conmemorar amantes y amigos perdidos. En ocasiones, puede ofrecer un sustituto a algo de lo que las lesbianas como grupo hemos sido despojadas: los rituales de dolor público cuando la muerte nos separa.

Cuando una mujer deposita con nosotras en LHA sus poemas, correspondencia, diarios, obras de arte, chamarras de piel, camisetitas, o una grabación de su música o un día en su vida, hablamos y le pedimos que ella misma escriba las condiciones de consulta. El acto mismo le otorga el control sobre el uso de su vida por los investigadores. Aquí hay muchos niveles. Digamos que se trata de una madre lesbiana que ha sido lo suficientemente afortunada como para quedarse con la custodia de sus hijos después de un divorcio. ¿Permitirá que otra mujer en la misma situación se entere de su historia y encuentre tácticas e información útiles? ¿Podemos permitir que el autor de un manual de referencia lesbiana, un estudiante universitario que escribe un trabajo, un periodista que investiga para un artículo en el *New York Times* o el *Village Voice* o un cineasta cite de sus textos o utilice sus fotografías? ¿Tales situaciones la colocarían ante el futuro riesgo de un nuevo atentado legal para quitarle a sus hijos porque no guardó silencio y ahora ser juzgada por hacer alarde de su sexualidad, con o sin evidencias de que ella nunca actuó de conocimiento propio? ¿Podemos nom-

brarla cuando publicamos en nuestro boletín un índice de los archivos bajo nuestra custodia, siempre a sabiendas de que posteriormente puede usarse en su contra? ¿Preferiría ella que empaquemos sus materiales y que los mantengamos separados del resto de la colección abierta al público durante un cierto periodo de tiempo hasta que su familia ya no pueda ser amenazada? ¿Pueden acaso los investigadores masculinos ver toda o parte de su colección, y de ser tan sólo una parte, cuál parte?

Joan Nestle, una de las fundadoras del Lesbian Herstory Archives, me decía que lo más importante que podía decirles a ustedes era que “preservar es dar vida, pero en el mismo acto de preservación, podemos destruir una vida”. Las lesbianas que declararon libre y abiertamente su sexualidad en el apogeo de la liberación femenina a principios de los setenta, en la actualidad pueden perderlo todo en momentos tan terriblemente conservadores como los que vivimos.

Quiero terminar narrándoles la ocasión en la que dimos una fuerte lucha por el problema de la privacidad individual *versus* la memoria colectiva. Las Daughters of Bilitis (DOB) fue el primer grupo de lesbianas autodeclarado en Estados Unidos y, probablemente, en el mundo. Fundado en San Francisco en 1955, más tarde creció, creando sedes locales en muchas ciudades estadounidenses. LHA tiene casi todos los boletines de las sedes, minutas de reuniones y miles de cartas escritas a la sede de Nueva York, cuando ésta era la única ciudad que contaba con una dirección pública a donde las mujeres podían dirigirse para pedir información sobre lesbianas. En 1984 tuvimos la fortuna de recibir los documentos de la sede de Filadelfia, en posesión de una antigua activista lesbiana y bibliotecaria de Gittings. Los había conservado en el sótano de su casa por más de veinte años. Una mujer que había escrito una o dos cartas a DOB a principios de los sesenta, supo que la colección nos había sido donada y, colérica, escribió una carta exigiéndonos que destruyéramos la colección completa. Argumentaba que al conservar la correspondencia sin el consentimiento individual de cada remitente, provocaríamos una enorme angustia y probablemente hasta daños físicos en las mujeres involucradas. Deborah Edel, uno de los miembros fundadores del LHA, escribió una larga carta con intenciones de establecer un diálogo con la reclamante, explicándole por qué sentíamos que se debían conservar los documentos y pidiéndole que nos visitara o llamara por teléfono. Después de varios meses de discusión telefónica y cartas, aceptó que la colección estaba en buenas manos pero insistía en que sus propias cartas fueran destruidas. Acordamos que se las enviaríamos una vez procesada la colección, pero le pedimos que mientras tanto reflexionara: si la colección en su totalidad se encontraba a salvo y debía ser conservada ¿no debía ella continuar sintiéndose satisfecha de su participación en el Daughters of Bilitis y de formar parte de la historia de las mujeres, las lesbianas y los derechos civiles?

Después nos escribió, diciéndonos: “Sí. Entiendo su posición. Preserven todo del daño, incluyendo el daño que yo misma pueda hacer”. En un principio, su sentimiento de estigma y odio ha-

... “preservar es dar vida, pero en el mismo acto de preservación, podemos destruir una vida”.



Uno de esos cambios está en el pensamiento de los historiadores, muchos de los cuales en la actualidad comparten la idea de que la sexualidad se construye en la sociedad y por lo tanto es comprensible en términos históricos y no tan sólo estrictamente biológicos.

cia sí misma era tan grande que nos provocó inexpresables horas de angustioso trabajo y preocupación. No obstante, en su mayoría los archivistas de cualquier minoría despreciada por la sociedad deben estar dispuestos a trabajar con gente preocupada por archivos que ha generado, antes de que su historia sea destruida. El donante no es el enemigo. Es una víctima de las situaciones que nos dan razón para existir: la devaluación de vidas humanas.

Muchos estudiosos escriben actualmente la historia de la sexualidad lesbiana y *gay*. Responden a la creciente autoconciencia de las minorías sexuales —a la revalorización de las vidas de lesbianas y *gays*— y a cambios en el mundo académico. Uno de esos cambios está en el pensamiento de los historiadores, muchos de los cuales en la actualidad comparten la idea de que la sexualidad se construye en la sociedad y por lo tanto es comprensible en términos históricos y no tan sólo estrictamente biológicos. Otro cambio, es una mayor disponibilidad de archivos. Porque los investigadores han dado a conocer sus intereses, porque los donantes han conservado archivos, porque los archivistas de comunidades lesbianas y *gays* han convencido a los donantes de que sus obsequios pueden ser utilizados, en las palabras de Joan Nestle, para dar vida, se pueden escribir historias nuevas.

Suplico, junto con todos los que se preocupan por una historia de la humanidad integral y versátil, que nos ayuden a abrir los archivos y centros de investigación a la absoluta complejidad de la vida de la gente, recordando incluir a las minorías sexuales junto con las minorías étnicas, raciales, religiosas y políticas. Hago una súplica especial a los archivistas. Una vez que los documentos hayan sido reunidos, procésenlos y clasifíquenlos en su totalidad, al igual que lo hacen con las cosas que valoran. Recuerden, cuando sea oportuno, utilicen las palabras temibles “lesbiana” y “*gay*” y “homosexual”. Cuando el asunto no es claro, denos pistas como “amistad femenina”, “matrimonios de Boston” o “imágenes travesti”. Nombren lo innombrable tanto como sea verosímil históricamente a partir de la evidencia frente a ustedes. (Ha habido casos de hombres y mujeres que vivieron juntos pero sin ser heterosexuales activos entre ellos. En ocasiones eran solamente buenos amigos o ambos eran *gays* y buscaban evitar la crítica social y familiar. El punto es: nunca asegurar nada sin evidencias sólidas.)

En cuanto a las colecciones que contienen información lesbiana o *gay*, recuerden, por favor, que si la privacidad individual y la confidencialidad pueden ser asuntos capitales para un individuo en vida, una apertura total de la historia de individuos fallecidos puede hacer poco daño y contribuir en mucho a las vidas de otros.

Los que nos preocupamos por abrir el acceso a la información y quienes aborrecemos la censura histórica en todas sus formas, compartimos la necesidad de informarnos entre nosotros cuando escuchamos casos de censura, especialmente cuando se trata de cerrar colecciones de archivos después de la muerte de su creador y en contra de los deseos de la persona.

Notas

* Quiero agradecer a Janet Miller, Andrea Hinding y Susan Armeny por sus atentas lecturas y atinados comentarios durante la corrección del texto original. Muchos más ejemplos de vendimias recientes podrían ser discutidos. Claramente, la situación no ha cambiado mucho en siete años.

¹ Judith Schwarz, *The Radical Feminists of Heterodoxy: Greenwich Village, 1912-1940*, Lebanon, 1986.

² Anna Mary Wells, *Miss Marks and Miss Woolley*, ix, Boston, 1978.

³ Jonathan Katz, "The President's Sister and Bishop's Wife: and Advocate Inauguration Special", *Advocate*, enero 31, 1989, pp. 34-35. El trabajo pionero de Jonathan Katz es una lectura indispensable en la historia de la sexualidad. Ver Jonathan Katz, *Gay American History: Lesbians and Gay Men in the USA*, Nueva York, 1976; y Jonathan Katz, *Gay/Lesbian Almanac: A New Documentary*, Nueva York, 1983.

⁴ Doctor Grant Sanger a Jonathan Katz, octubre 25, 1974 (en posesión de Jonathan Katz).

⁵ Los interesados pueden contactar *Lesbian Herstory Archives/Lesbian Herstory Educational Foundation*, P.O. Box 1258, Nueva York, NY 10116.



